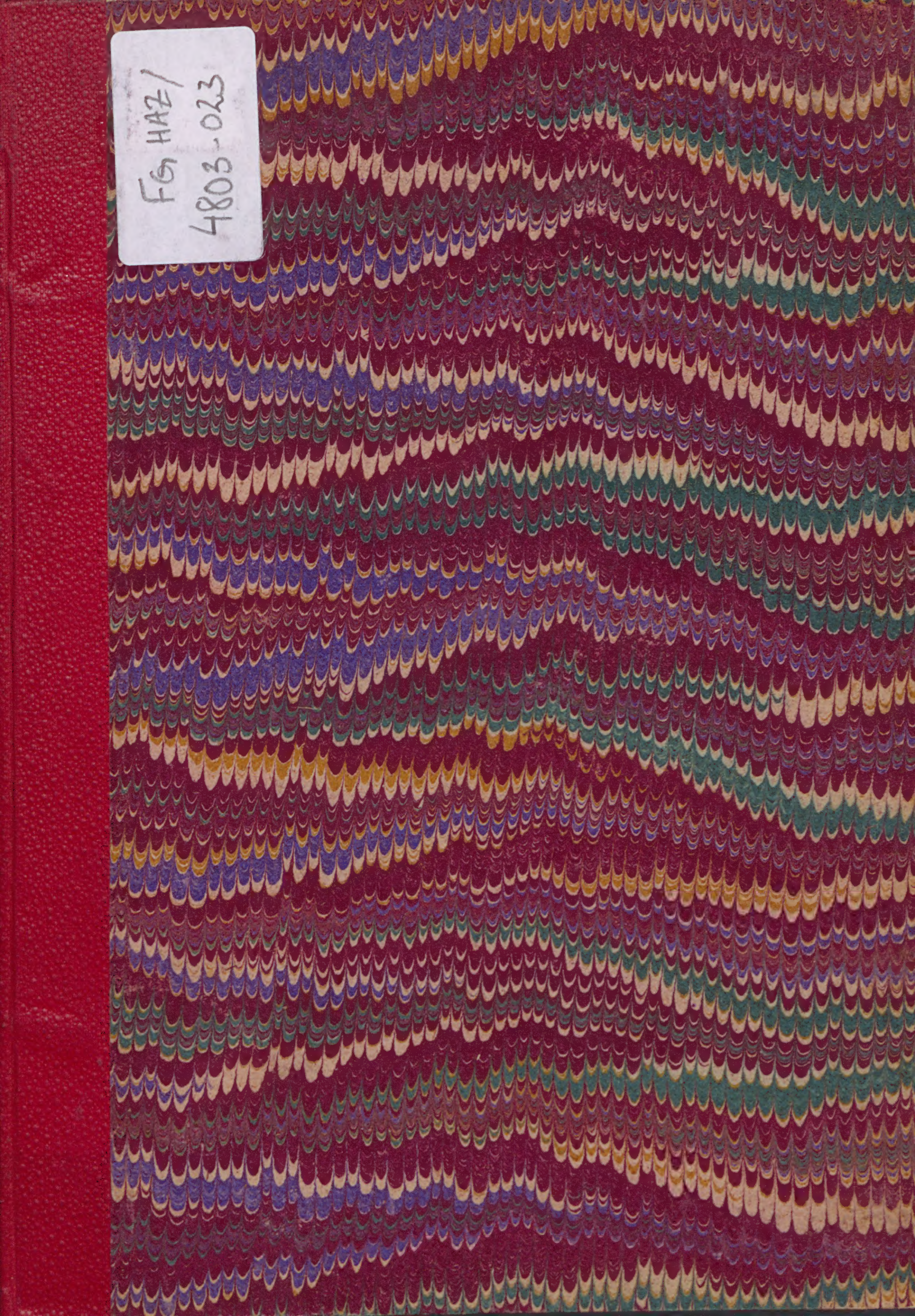
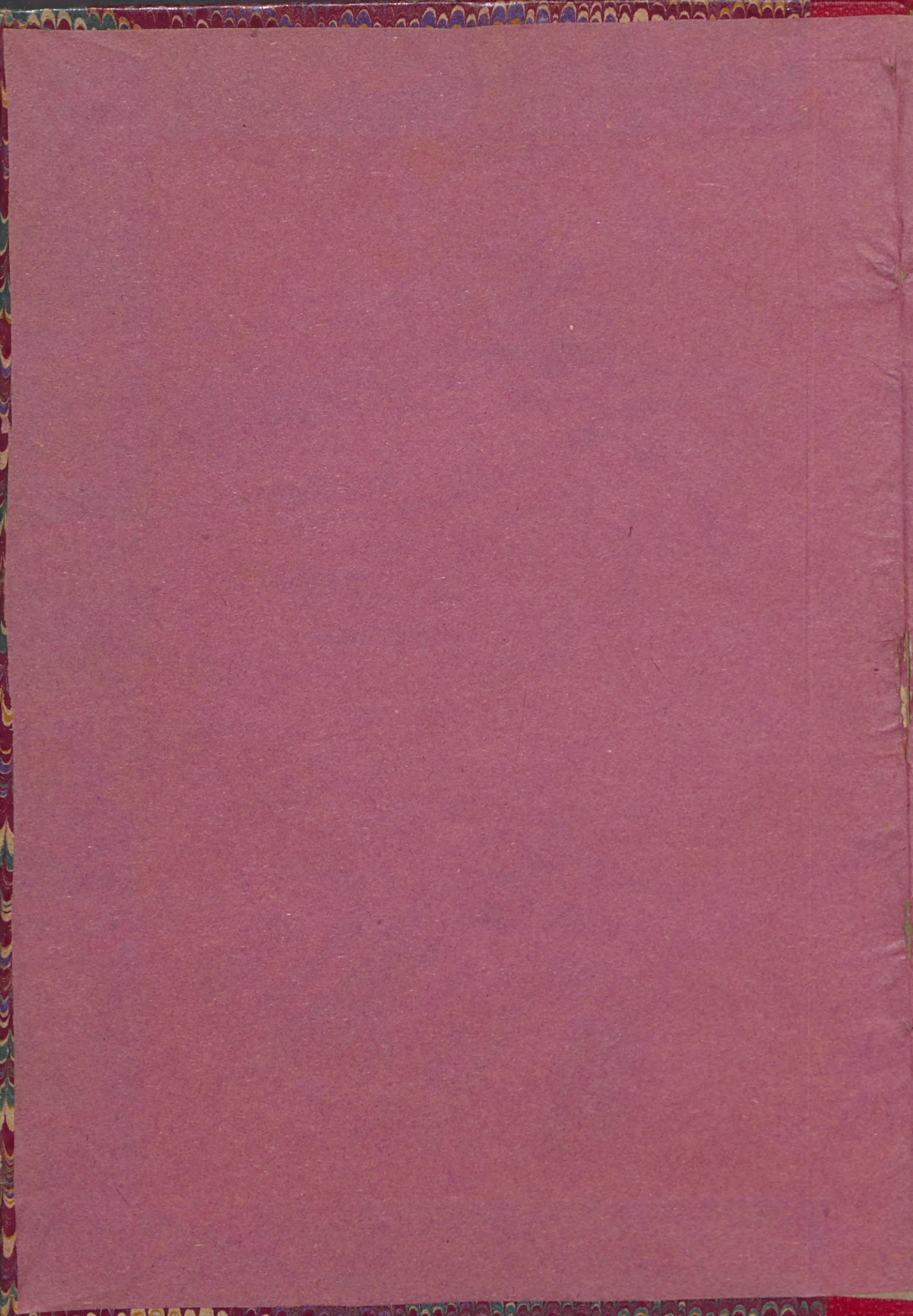
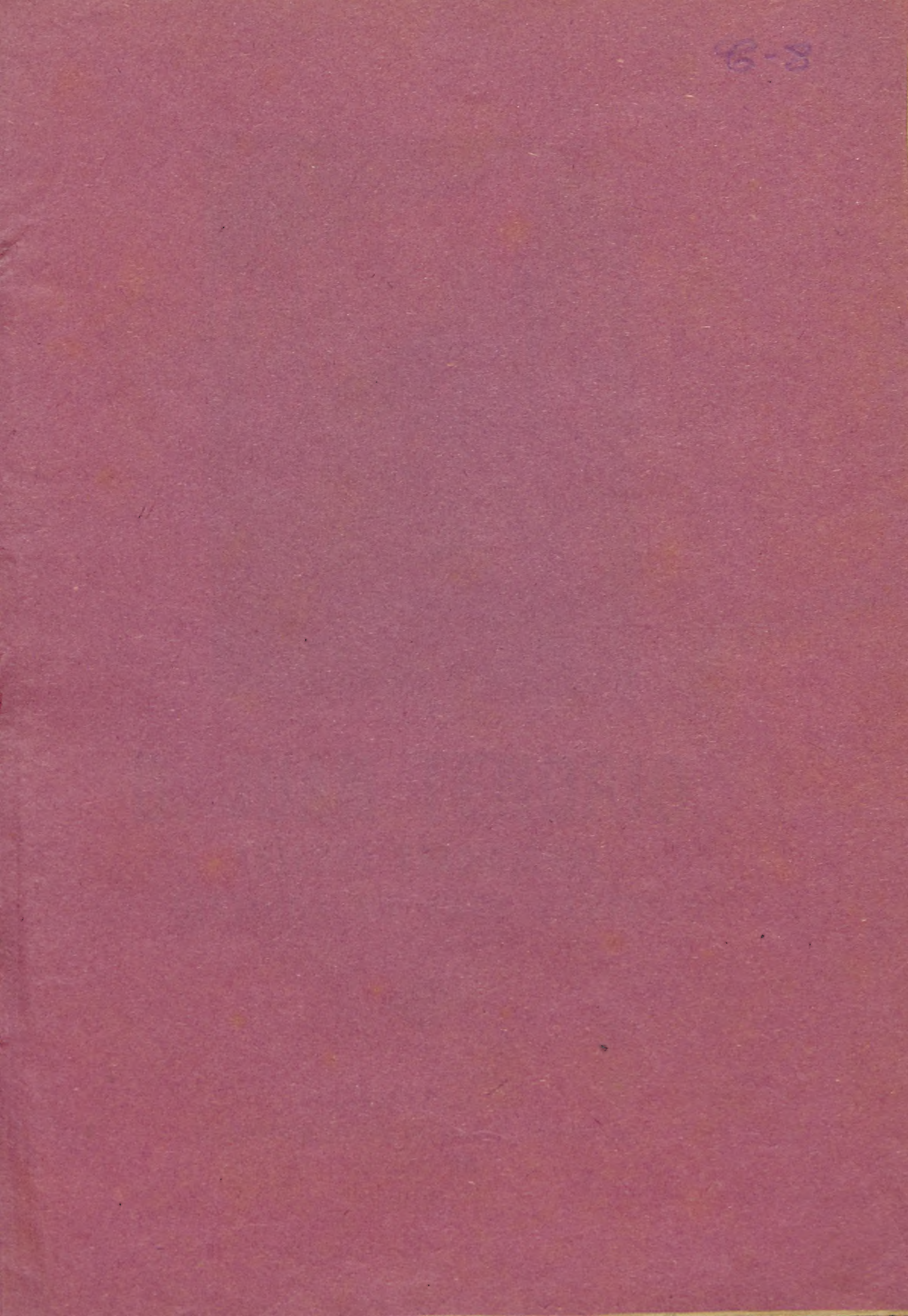

FG HAZ/
4803-023







(CUATRO PLIEGO)



D. JUAN TENORIO.

LEYENDA TRADICIONAL DIVIDIDA EN TRES PARTES.



—SEVILLA:—
Imprenta y libreria de José G. Fernandez.
Génova 29.

PRIMERA PARTE.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

En la mañana del 23 de Enero de 1520 sobre el camino que conduce de Madrid á Andalucia y ya muy cerca de la coronada villa, caminaba un hidalgo jóven como de 20 años, jinete en un potro cordobés y acompañado de una gran servidumbre, lo que demostraba su riqueza y nobleza; á su izquierda iba un hombre alto, fornido, moreno y como de cincuenta años, armado con casco, coselete, lanza y espada á más de un arcabús pendiente del arson posterior y dos pistoletes en las pistoleras del anterior.

Escoltada por la indicada servidumbre, caminaba detrás una magnífica carroza tirada por diez poderosas mulas enjaezadas á lo morisco, cuyo interior lo ocupaba una hermosa dama de treinta á treinta y cinco años, de semblante moreno, ardiente, incitador; valia lo bastante para que no fuese estraño el contínuo cuidado del jóven. Ella escuchaba sus palabras galantes y solícitas á las que no contestaba, con lo que obligaba al mancebo á separarse de la portezuela algo triste. Pero cuando lo perdió de vista suspiraba y á veces sus ojos se llenaban de lágrimas.

Bueno será decir al lector que sosteniendo esta lucha, acometiendo él y disimulando ella habian pasado 15 dias invertidos en el camino desde Granada hasta llegar á la vista de Madrid.

Al fin la dama veia delante de sí la coronada villa término de su viaje, y aunque no la conocia, la contemplaba con ansia porque creia encontrar en ella lo que falta á su corazon. El hidalgo no hacia mas que quince dias que conocia á la dama como igualmente al escudero que caminaba á su izquierda. Aquel hombre cuidaba de la dama con la abnegacion y la asiduidad de un perro. El jóven tuvo tentaciones de trabar reyerta con el escudero y solo encontró un esclavo paciente que disimuló y sufrió; pero que jamás se alteró.

Despues de haber hecho su última visita al carruaje se incorporó con el escudero con quien sostuvo un largo diálogo sobre la dama con el objeto de indagar quien era; pero éste, reservado como siempre contestaba con evasivas de las que el jóven nada pudo sacar; en vista de ello picó al caballo y partió á galope Entonces su lacayo íntimo sacó tambien su caballo á

galope é incorporándose con su amo se perdieron ambos por el puente de Jarama.

A la bajada del puente se hallaba una jitana hablando mano á mano con un caballero que al ver al jóven vino á saludarle

Era un jóven de unos 26 años, bello, pero duro, enérjico, y un tanto altivo é insolente; se llamaba D. Pedro de Avendaño.

Nuestro jóven á quien en adelante llamaremos D. Juan Tenorio, le indicó á D. Pedro con un ademan que desmontara, y aun mismo tiempo echaron pié á tierra y asidos del brazo se dirijieron á lo alto de una loma desde donde se descubria á la comitiva que pausadamente se dirijia á aquel sitio.

D. Juan le manifestó á Avendaño que desde su salida de Granada venia acompañando á la comitiva y que estaba perdidamente enamorado de la dama que venia en la carroza y con el objeto de saber si sus amores serian correspondidos deseaba consultar con aquella jitana y obligarla á que le dijera la buena ventura. Bajaron de la loma y llegaron á donde la jitana estaba. D. Juan se despojó del guante de gamuza que cubria su mano y presentándosela á la jitana le pidió le dijera la buena ventura.

La buena mujer le tomó la mano y le dijo: Estas cuatro rayas que se cruzan formando ocho ues con sus ángulos significan que tendrás una larga vida; que eres rico y llegarás á ser poderoso: estas tres rayas que se juntan en una y van á parar al corazon quieren decir que amas á una hermosa dama y eres correspondido, y que mas adelante amarás otras dos mas.

D. Juan miró profundamente á la jitana, su semblante tenia toda la atencion, toda la gravedad que pudiera haber tenido el de una antigua pitonisa, se quitó una hermosa sortija de gran precio y se la entregó á tiempo que trasmontando la loma asomaba el escudero tras el cual aparecieron los lacayos y el coche que al llegar á un bache quedó atascado apesar de las enormes yantas de sus ruedas no bastando el empuje de las mulas para arrancarle.

Informada la dama por Alarcon de lo que sucedia, echó piés á tierra con el objeto de aminorar la carga. Entanto D Juan decia por lo bajo á Abendaño que entretuviera al escudero mientras él le hablaba á la dama, y acercándose á ella le ofreció el brazo que ésta tomó no sin haber antes vacilado, dirigiéndose adonde estaba la jitana y le pidió le dijese la buena ventura.

D. Juan se retiró un poco por cortesía; en esto se llegó Avendaño que ya se habia separado de Alarcon y despidiéndose de él lo citó para aquella misma noche en la hosteria de Toledo, y tomando su caballo de Gavilan montó dirigiéndose á Pinto, no sin haber echado una rápida mirada á la dama. Esta presentó la mano á la jitana y examinada que la hubo la dijo: Señora, todo cuanto habeis amado lo habeis perdido, y el nuevo amor que hoy teneis os espanta, por lo que no os lo quereis confesar; este amor os hace sufrir mucho y apesar de que vuestra conciencia os dice que no debeis amar, os rebelais contra ella; pero os aconsejo que ameis porque saldreis victoriosa si bien el corazon saldrá herido en esta lucha.

Dicho esto, la jitana volvió la espalda y se alejó antes que la dama le

creeis que debe valer esta sortija?

D. Juan la examinó y dijo que era de gran precio.

—Y creeis que una mujer que es pobre, que apesar de todo por un milagro ha conservado puro su corazon entre el cieno de su vida, tendria disculpa vendiendo su amor por esa alhaja porque yo soy una pobre mujer que hasta ahora me he creido feliz y desde este instante soy muy desgraciada; jamás he amado, siempre me he burlado del amor y sin embargo desde que os ví no me conozco Hasta ahora he tenido muchos amantes, pero amantes de un dia, de una hora: me he arrojado á sus brazos enamorada y me he separado de ellos con hastío porque jamás encontraba el hombre de mi pensamiento; porque hay muy pocos hombres que no maten el amor al tocarlo; porque hay muy pocos hombres que sepan tomar sin latismarla, entre sus manos el alma de una mujer, y una mujer como yo: yo os amo D. Juan, sin saber porqué; yo iba á buscar una aventura y he encontrado un señor; conozco que he nacido para ser vuestra esclava y lo seré. Yo solo os pido que me ameis á mi sola, que esteis siempre á mi lado y me mireis como ahora; ¿es verdad que os parezco hermosa y que me amareis?

—Yo os amo Magdalena, y os juro que un amor tal le siento por primera vez.

Los dos jóvenes se abrazaron despues de haber escuchado cuanto se encerraba en aquellos generosos corazones, y conociendo que aquel puro amor se manchaba en aquella estancia salieron de ella de la misma manera misteriosa que habian entrado no sin haberse antes citado para el dia siguiente.

Magdalena no se apoyaba ya en el brazo del jóven como la impura manceba vendida al oro, sino como una hermana casta y amante que sostiene dulcemente al arrimo de su hermano. Así continuaron hasta la Puerta del Moro, en donde se despidieron Magdalena se entró en una casa de buena apariencia que allí habia y D. Juan marchó hácia Leganito, pero al entrar eu la calle de San Justo tropezó con un objeto, lo recojió y vió á la luz de la luna que era un rico pañuelo de Cambray que envolvia un ramillete de flores italianas de seda. Por el pronto todo lo olvidó; levantóse ante él, poderosa, absoluta, la imágen de su compañera de viaje y besó el ramillete, permaneció un momento en el mismo sitio, y despues con paso lento, meditabundo y asombrado llegó á su palacio, llamó á Gavilan y le dijo que avivara el fuego de la chimenea y le trajese una botella de vino. El lacayo trajo la botella, la puso sobre la mesa y permaneció en pié á alguna distancia D. Juan lo mandó retirar y se quedó solo en su aposento revisando papeles. y despues de apurar el añejo vino se echó en la cama vestido quedando á poco profundamente dormido.

Serian las diez de la mañana cuando despertó D. Juan y llamando á su lacayo Gavilan le ordenó fuese á la calle de San Justo y se enterase que personas vivian en aquella calle y ademas le dijese á la jitana que la esperaba.

Salió Gavilan y Tenorio se sentó en un sillon, pálido, desencajado,

mostrando aun en su semblante las impresiones que habia recibido aquella noche.

—¡Qué sueño tan terrible!, murmuró.— Si fuera una profesia! Si esa mujer que me ha parecido un ángel fuera un demonio... la amaria del mismo modo... hé aquí Sr. Avendaño, que ya no necesito que me diga lo que es amor; me lo ha enseñado una mujer en muy pocas horas. Pero sin embargo, yo he oido decir que el amor es esclusivo, y mi corazon me arrastra hácia las dos mujeres: envio á Gavilan á averiguar el paradero de la dama á quien tanto guarda Alarcon, y no me olvido de enviarle á Puerta de Moros Allí viene Magdalena! ¡Una ramera! ¡mentira!... Dios mio creo que estoy furiosamente enamorado de esa mujer... es tan pura... ¡tan pura apesar de su impureza! y la otra... ¡oh! ¿quien sabe? la guarda un misterio: pues bien; yo romperé, yo aclararé ese misterio. ¡Ah! ¿sois vos buena jitana?

Entraba en aquel momento Aurora, la jitana que dias antes le habia dicho la buenaventura.

—Sí, yo soy, que me quereis.

—¿Conoces el lenguaje de las flores?

—Sé como se hablan con ellas.

D. Juan presentó á la jitana aquel hermoso ramillete de flores contrahechas que la noche anterior habia encontrado en la calle de San Justo.

Aurora despues de examinarlo le dijo que aquel ramo le queria decir: ven; estoy sola y llena de amargura; tengo confianza y ansiedad á un mismo tiempo; ven, pero con precaucion, porque hay dificultades.

—¿No te engañas Anrora?

—No D. Juan, esa mujer sé que os ama con pasion y algun dia lo sabreis.

—Yo necesito saber como se llama.

—No lo intenteis porque será funesto, dispensad que no os lo diga y dadme permiso para que me retire.

En esto entró el mayordomo y le entregó un pliego cerrado de parte de la Inquisicion. D. Juan abrió el pliego, lo leyó sin inmutarse le guardó y dijo al mayordomo que enganchasen la carroza y avisase al ayuda de cámara. Media hora despues se hallaba D. Juan ataviado con una ropilla de terciopelo negro sin mas adorno que la cruz de Santiago. Ya dispuesto á salir entró Gavilan y le dijo:

—Señor en la calle de S. Justo no hay mas que tres casas y de una de ella ha salido esta noche una dama acompañada de un escudero y cuatro lacayos cargados de equipajes, sin saberse adonde han ido á parar. En la Puerta de Moros nada he podido averiguar.

—Bien Gavilan, ahora voy á salir a ver al Comendador Ulloa, monta á caballo, adelántate y anúnciame.

D. Juan bajó, entró en la carroza, cerró por sí mismo la porte-

zuela y dijo al cochero que lo llevase á la calle de la Almudena. En esta calle moraba el Comendador D. Gonzalo de Ulloa, viudo, y su hermosa hija doña Inés de Ulloa, jóven de 17 años. Apesar de su juventud y de su hermosura, Inés habia llegado al desarrollo de la mujer; era alta, esbelta, delgada, de hermosos ojos negros y sedosos cabellos, su semblante puramente ovalado, ligeramente moreno y deliciosamente mórvido se alzaba sobre su cuello virginal, sobre sus redondos hombros y su alto seno, en fin se asemejaba á la estátua de Vénus pudica En una de las visitas que D. Juan hizo á D. Gonzalo éste lo hizo de manera que los jóvenes pudieran verse, pero D. Juan que aun no habia hecho su entrada en el gran mundo no sintió la impresion que el Comendador se habia prometido Permaneció un cuarto de hora despues de la llegada de Ines, despidióse al fin seremoniosamente de la jóven y salió casi, puede decirse, sin haber reparado en ella; pero Inés se sintió herida en el corazon á la vista de D. Juan, y desde entonces quedó enamorada del jóven.

D. Gonzalo se creyó por un momento que D. Juan amaria á su hija y que llegaria á realizar sus sueños pues lo consideraba un excelente partido. .. Esperó en fin, pero esperó en vano: D. Juan volvió muy de tarde en tarde y siempre ceremonioso, de lo cual se resintió el Comendador, por lo que cuando éste se presentaba no llamaba á su hija; pero ésta habia recibido una impresion demasiada profunda para olvidarla y habia alentado aquel amor en silencio hasta hacerlo su bello ideal.

Aquella mañana que D. Juan se dirija hácia la casa del Comendador, Inés bajaba de sus habitaciones para poner límite al sueño de su anciano padre con su beso de paz, pero al llegar á la puerta detúvola el rumor y se paró á escuchar. Su padre y el mayordomo hablaban alto y entre las cosas que pudo oir fué que habia llegado un lacayo anunciando la visita de D. Juan Tenorio. Inés se retiró de puntillas y aceleradamente; la noticia de que iba á venir D. Juan, la certeza de verle la aterraron y la hicieron feliz á un mismo tiempo, subió á su cuarto y se puso en espera tras de las celosias. No tardó en oirse en la calle el ruido de un carruaje y poco despues paró una carroza á la puerta y salió de ella un jóven, era D Juan Tenorio. Inés bajó y se puso á observar por entre una avertura del cortinaje y al través de los vidrios.

D. Juan ya no era el mismo niño de frente tersa y radiante mirada tranquila, y sonrisa indiferente, D. Juan se habia transformado; pero Inés lo encontraba mas hermoso. Inés acabó de sellar su corazon, y de llenarlo por decirlo así, comprimiéndolo con los amores de don Juan, amores que ella creia imposible satisfacer, y que la devoraban.

Abrióse una puerta en el fondo y entró D. Gonzalo de Ulloa. Era un hombre de 50 años, alto, delgado, de rostro duro y sobre su traje enteramente de negro se destacaba con vigor una roja encomienda de Santiago. D. Juan salió á recibirlo, le tendió la mano y

le saludó ceremoniosamente escusándose de presentarse á aquellas horas á darle la mala nueva de que habia fallecido en sus brazos hacia un mes D. Pedro de Córdoba y de Valor, quien le encargó le dijera que escucháseis y diéseis fé á todo lo que le dijese de su parte un escudero suyo llamado Hernando de Alarcon que habia venido con él á Madrid pero que no sabia donde paraba.

Aun no habia terminado D. Juan cuando se abrió la puerta y un paje anunció á Fray Tomás de la Santísima Trinidad; poco despues entró un domínico cubierto de piés á cabeza con su hábito; Ulloa y Tenorio se pusieron en pié; el fraile, grave y tétrico, les saludó cortesmente.

—Dispensadme Sr. D. Gonzalo y vos caballero si me veo abligado á separaros por un momento; necesito hablaros de un gravísimo asunto, Comendador.

—El Sr. D. Juan Tenorio mi ilustre amigo, dijo D. Gonzalo, sirviéndose de estas palabras como de una presentacion—me dispensará le suplique que pase á esa habitacion próxima

—¡D. Juan Tenorio! murmuró el fraile mirando de una manera singular al jóven, á quien precedia D. Gonzalo hácia el mismo aposento donde estaba oculta doña Inés. Por pronto que la jóven quiso evadirse, no tuvo tiempo; la puerta se abrió y entró D. Juan. Por fortuna estaba tan distraido el Comendador, que no la vió.

Cerróse la puerta y D. Juan se encontró á solas, admirado, delante de Inés que temblaba y no acertaba á pronunciar palabra.

Dejando por un momento en esta situacion á los dos jóvenes, diremos lo que acontecia entre el fraile y el Comendador.

Cuando se encontraron solos, el fraile le dijo que aquella noche habian asesinado á su hermano político D Gaspar de Somosa, D. Gonzalo al escuchar aquella noticia pidió su capa y su espada, y acompañado de Fray Tomás se lanzó á la calle sin acordarse de D Juan que la casualidad le arrojaba otra mujer ante su paso; ángel humano sentenciado al infierno de sus amores, debia marcar una época importante, en la vida de nuestro héroe.

Inés era hermosa lo bastante para interesar á un hombre tan impresionable como Tenorio, pero el jóven se hallaba entonces bajo fatales influencias y no supo hacer otra cosa, por el momento, que saludarla. Inés no contestó, estaba sobrecojida, pálida. dominada por la pasion, de piés en medio de la estancia, fascinada y fijando en don Juan una mirada tan intensa que pocos momentos despues de encontrarse delante de la jóven no pudo menos de conocer el género de sentimiento que la inspiraba. Esto le dió valor y le hizo á la jóven una declaracion de amor que ella á su vez le hizo tambien. D. Juan en momento de arrebato la asió de la mano, la atrajo así y acercó al suyo su rostro: Inés sintió el aliento de su boca; pero antes de que tocase á la suya, su pureza se reveló, lanzó de sí á D. Juan; su hermosa frente se alzó con altivez magnífica, teñida de rubor, y sus ojos ne-

gros y brillantes reconcentraron una severa mirada.

—Sois un miserable D. Juan, esclamó, salid; no quiero que penseis que huyo de vos.

Un relámpago de orgullo humillado, un fugitivo color de vergüenza pasaron á un tiempo por los ojos y por el semblante de don Juan, y como era demasiado noble para descender á una infamia vulgar, salió, pero con el corazon lleno ya de una venganza terrible en amor. Apenas salió, la jóven rompió á llorar esclamando: *¡no me ama!* lentamente aquellas lágrimas se secaron y una fiebre devoradora la tuvo postrada quince dias en cama, y cuando la naturaleza la arrancó del borde de la tumba, D. Gonzalo se trasladó con ella á una quinta á poca distancia de Madrid.

Profundamente herido en su orgullo, salió el jóven del retrete donde le habia dado tan dura leccion la pureza de Inés; atravesó varias habitaciones, bajó á salto la escalera, se precipitó en su carroza y gritó al lacayo:

—A casa volando.

Tan pronto como llegó á su casa se encerró en su habitacion dando órden de que no le molestasen. Cuatro horas despues recibia el siguiente billete:

«Venid; os espero con ansia; soy libre; seguid al portador,—Magdalena.»

D. Juan besó cien veces el billete, dió un doblon al portador, se hizo ensillar un caballo, y se trasladó alcortijo. Magdalena le esperaba en la puerta. Pero no la Magdalena que noches antes, descompuesta y fuera de sí, se habia presentado por primera vez á D. Juan, sino una mujer purificada, por decirlo así, ruborosa por la memoria de sus faltas, tímida por ellas, y por ellas desesperada

Es imposible describir cuanta seduccion, cuanto poder daba á Magdalena su nuevo aspecto D. Juan por su parte quedó mudo de admiracion; repuesto algun tanto exc'amó;—Que hermosa estais amada mia, ayer érais una tentacion, hoy sois un ángel.

—¿Y me amais como se aman á los ángeles, caballero?

—Yo no sé como os amo, pero sé que vuestras miradas me dan sed, una sed terrible de goces, en que no habia pensado hasta ahora. Escuchad Magdalena, he tenido un horrible sueño en el que os he visto de dos distintas maneras; como ángel y como demonio.

—Y yo he soñado, que era feliz, D. Juan, que habia olvidado mis dolores y que estaba unida á vos como amantes; que aquel amor me destrozaba el corazon y crecia hasta hacerme dar gritos de dolor.

—Yo he soñado tambien que os tenia entre mis brazos, que brillaba desnuda á mis ojos toda vuestra hermosura, que me despedazábais en vuestro delirio de amor, y yo gemia y gritaba, pero aquellos gemidos y aquellos gritos eran de amor, de un amor insoportable, y que sin embargo no bastaba á apagar mi sed.

—¡Callad! mis huéspedes vienen.

En efecto, un hombre y una mujer aparecieron bajo el emparrado; el hombre hizo una seña á Magdalena y ésta se despidió del jóven y salió del pabellon.

D. Juan preguntó á la mujer que dominio tenian sobre aquella jóven y ésta le contestó que habia sido confiada á ellos no como criados, sino como huesped. Y sin una palabra mas D. Juan salió de la casa, ató el caballo al emparrado, subió la escalera que conducia al piso alto del pabellon, empujó la puerta y entró.

El hombre subió tras él y se puso a observar por un agujero desde donde se veia el interior de la habitacion. Cuando Andrés que así se llamaba el hombre que guardaba á Magdalena, se puso en acecho, se encontraban ambos jóvenes conversando amorosamente. D Juan atacaba de una manera terrible á Magdalena que se defendia heróicamente, así estuvieron largo rato hasta que convencido el jóven que por entonces serian inútiles todos sus esfuerzos, tuvo que moderarse y escuchar con paciencia la historia de aquella pobre huérfana que con lágrimas en los ojos abrió su corazon desgarrado, al que por un momento creyó llegaria á ser su esposo.

D. Juan supo que era huérfana, que no habia conocido á sus padres y que estos habian de ser nobles y ricos, puesto que le mostró una gran cruz con brillantes, pendiente de un magnífico broche, alhaja que su madre le habia puesto al cuello cuando la entregó á los que la habian criado: que despues del fallecimiento de éstos se encontró sola en el mundo y prestándose á las galanterias de sus adoradores sucumbió prefiriendo ser señora y deshonrada á ser pura y esclava, pero que habiendo sido abandonada empezó desde entonces su vida desordenada, la que la condujo á la Inquisicion, de donde fué sacada por fray Tomás de la Trinidad, bajo cuyo amparo vivia.

Cuando Magdalena concluyó su breve y triste historia, despidió á D. Juan diciéndole que no volviese á entrar en aquella estancia hasta que ya lo hiciera como esposo ó como hermano Al salir resonó un doble é imprudente beso.

Desde entonces todas las noches hablaba por la ventana con Magdalena; todos los dias Gavilan salia de su casa con el objeto de descubrir á la dama de la carroza, y el jóven con mas frecuencia de lo que antes habia acostumbrado, redoblaba sus visitas á casa de don Gonzalo de Ulloa. Sí, Magdalena se habia apoderado de su alma; sus sentidos pertenecian á la dama de la carroza, su orgullo á Inés, y su ódio á Avendaño; así es que solia murmurar estas palabras.

—Magdalena será mi esposa; la dama incógnita mi querida: doña Inés mi esclava y Avendaño mi ódio, mi enemigo á muerte. Mas adelante tendremos ocasion de ver cómo se cumplieron los pronósticos de D. Juan.

El vencimiento de cada una de estas empresas parecia haber sido ordenado por el destino de una manera singular. Durante 15 dias Magdalena se habia mostrado inexorable. Gavilan esperaba descu-

brir el paradero de la dama, y en cuanto á doña Inés se habia negado obstinadamente á la vista del jóven

Llegó una noche en que la puerta de aquel pabellon tan defendido se abrió en altas horas. Magdalena, trémula, desfallecida de amor, cayó entre los brazos de su vencedor, y D. Juan vió al fin sobre el hermoso pecho de la jóven, antes de ser su esposo, la cruz de brillante de su madre. En aquel momento Andres salió de su escondite y entregaba á un mozo una carta concebida en estos términos: «Doña Magdalena es ya la querida de don Juan.» Aquel fatídico renglon fué á hacer saltar de su lecho á fray Tomás de la Santísima Trinidad.

Antes de amanecer se abrió la puerta del pabellon y resonó en ella un beso indescribible, salió D. Juan, bajó la escalera y al salir al sendero tomó el caballo que guardaba Gavilan y macrharon á galope.

Cuatro horas despues paró en el cortijo del Vivero un coche de camino, negro y enorme, tirado por seis mulas negras tambien y rodeado de una escolta de soldados de la fé, abrieron la portezuela y salió fray Tomás livido y sombrío como siempre; entró en el cortijo donde lo esperaba Andrés, quien al divisarlo se le acercó, le habló algunas palabras y siguieron adelante en tanto los soldados rodearon el cortijo

El fraile entró en la cámara de Magdalena y la encontró dormida; con voz ronca y temblorosa la llamó. La jóven despertó estremecida, abrió los ojos y al reconocer al fraile empezó á temblar; la mandó que se vistiese y que lo siguiera: la jóven sin replicar se echó de la cama y delante del fraile se bistió, tomó algunas de sus alhajas y el manto El fraile salió y tras él enteramente cubierta, Magdalena: llegaron al coche, entraron en él, y poco despues aquel estraño comboy se volvió á Madrid.

No muy lejos del cortijo del Vivero, una quinta en la que Gavilan habia descubierto á la dama incognita, y en la tarde de aquel mismo dia que fray Tomás se llevó á Magdalena, se hallaba el lacayo rondando los alrededores, cuando vió salir una doncella, se ocultó trás un álamo y cuando estaba lejos del caserío, la siguió. Cerca ya de ella empezó á requebrarla. La jóven al principio no hizo caso, más despues se paró y trabando conversacion con el lacayo supo por éste que traia una carta de su señor para su ama. Entregada que fué le encargó que volveria por la contestacion, y montando á caballo voló á participarle á D Juan que la carta estaba en buen camino.

Esperanza que así se llamaba la doncella entregó á la dama la carta, apenas se quedó sola la abrió y leyó una fogosa declaracion de amor, pero algo misteriosa y ambigua. La dama fué á su mesa y escribió con mano trémula

¡Os amo... os amo! ¡venid! pero venid á la luz del sol; soy libre, y vos lo soy, D. Gonzalo en cuya casa me encuentro debe conocer nuestro amor. Solo cuando le autorice, me vereis, D. Juan.—Doña Elvira.

Cerró la carta, llamó á la criada y le dijo que estuviese al acecho para cuando volviese á ver al lacayo se la diera.

No tardó éste mucho en parecer, y cuando Esperanza lo divisó en el

confin de la pradera salió á desempeñar su cometido y volvió á decirle á su señora que al dia siguiente recibiria contestacion de D. Juan.

Doña Elvira pasó á ver á doña Inés á quien confió sus amores enseñándole la carta que habia recibido de D Juan Doña Inés con la vista empañada por el vértigo leyó la carta, y la leyó con toda su alma. Una mirada profunda de Inés vino á caer sobre la estensa mirada de Doña Elvira: aquellas dos mujeres se comprendian ya.

En tanto el Comendador rigurosamente vestido de luto, adelantó, saludó á doña Elvira, y besó á su hija en la frente. Esta con el objeto de dejarlos solos salió de la habitacion, y cuando no pudo ser vista reventó el llanto que á duras penas habia contenido sus ojos: comprendió con el corazon despedazado que amaba mas que nunca á D Juan.

Cuando se quedaron solos, doña Elvira manifestó sus amores al Comendador, y éste por toda repuesta le presentó una carta de su hermano en la que le manifestaba esos temores y le pedia por favor se opusiese á ellos y en caso de no poderlo conseguir le diera á su hermana un pliego cerradc que acompañaba á la carta cuyo pliego sacó del cajon de su mesa y fué entregado á doña Elvira, quien despues de leido se estremeció, dobló la frente sobre su pecho, y sus manos arrollaron la carta de una manera convulsiva.

La voz de su hermano, que tan severamente le imponia sus deberes, resonó en su corazon; pero otra voz májica, mas poderosa que ella, incitante y dulce, la decia: ¡yo te amo! y aquella voz era la de D. Juan. La pasion se sobrepuso al deber y alzó al fin la cabeza y dijo con acento decidido.

Deseo ver en vuestra casa y hablar en ella delante de vos á D. Juan, pues estoy decidida á casarme.

Salió de la estancia, entró en su aposento del que no salió en todo el dia. Llegó la noche y se acostó antes de la hora acostumbrada, no pudo dormir, estaba en esa situacion horrible en que el sueño ocupa el espíritu, se levantó, abrió la ventana para buscar en la frescura de la noche consuelo á su enardecida cabeza; de repente oyó las pisadas de un caballo que se acercaba, un hombre envuelto en una capa cabalgaba sobre aquel caballo, llegaba á una casa aislada, desmontaba y llamaba á la puerta, de pronto fué rodeado de varios hombres armados, el hombre se resistió como un leon, pero agoviado por el número fué sugeto y trasportado á un coche, y á poco desaparecieron. Doña Elvira cerró la ventana, entró sobresaltada en el lecho y se durmió.

Tres dias eternos estuvo esperando la contestacion de D. Juan sin que ésta pareciese; al cuarto, Esperanza entró en su retrete y le dijo que el lacayo de D. Juan queria verla; mandó que lo introduciesen y Gavilan preguntó á doña Elvira por su amo, pues hacia tres dias que habia salido para el Vivero y aunque él habia llamado repetidas veces, nadie contestaba. Entonces doña Elvira recordó lo que habia visto tres noches antes y le dijo á Gavilan que su amo estaba en la Inquisicion, y le contó lo que habia visto aquella noche desde su ventana: Gavilan salió del retrete y de la

quinta; meditando cien terribles venganzas, montó á caballo y entró blasfemando en Madrid Doña Elvira convencida de la verdad, dió un horrible gritó y cayó desmayada.

PARTE SEGUNDA.

El Bautismo de Sangre.

Desde aquella noche en que D. Juan yendo en busca de un amor insaciable se vió acometido por hombres enmascarados, sugeto, atado, envilecido con una mordaza y conducido á la fuerza, no habia vuelto á ver hombre alguno, mas que el que todos los dias le traia la comida, con quien nunca trabó conversacion.

D. Juan durante los tres primeros dias gritó, blasfemó, se irritó y no tocó á la comida, su terrible cólera pudo mas que su robusta salud y cayó en un gran delirio; un hombre que debia ser médico veló junto á su lecho hasta que lanzó de sí la enfermedad y despertó de ella resignado, procuró conservarse y esperó.

Pasó el tiempo en aquella horrible espera, crecia la impaciencia de D Juan cuando se abrió un dia la puerta del calabozo, entró el carcelero con un vestido y armas y le dijo:

—Vuestra señoria va á quedar libre, puede vestir esa ropa y señir las armas, pero antes será preciso que me prometa por su palabra de caballero dejarse conducir con los ojos vendados, al lugar donde es necesaria su presencia; lo prometió así, y despues de vestido y vendado lo metieron en un coche y partió; despues de mil vueltas y revueltas paró, oyó abrir la portezuela y una mano asió la suya y la misma voz de ante. le dijo:

—Bajad —Bajó D. Juan; aquella misma mano le guió algunos pasos y la misma voz le dijo.

—Un momento despues de que yo os haya dejado, quitaos la venda: estais en el convento de Santo Domingo y fray Tomás de la Santísima Trinidad os espera en su celda.

Apenas pronunciadas estas palabras, D. Juan se quitó la venda y se encontró solo, y como conocia el interior del convento se dirijió á la celda del fraile, entró en su alcoba, y D. Juan que esperaba encontrar un hombre, encontró un cadáver; fray Tomás moria consumido por la tisis en el lecho del dolor.

Fray Tomás hizo seña á los religiosos que le rodeaban, y que salieron, quedando solo él y D. Juan.

—Os he llamado para que me perdoneis.

—¡Perdonaros! ¿Conque habeis sido vos?

—Sí, yo he sido.

—Vos el que de una manera infame me habeis privado de mi libertad; me ha hecho sufrir insultos, me habeis robado á Magdalena, Magdalena á quien apesar del juicio del mundo, estaba resuelta á hacer mi esposa ante los hombres como ya lo era ante Dios, me pedís de una manera cobarde el perdon?

—¿Y si te digo el lugar donde se encuentra?

—Donde está Magdalena gritó Tenorio asiéndole de un brazo con una fuerza brutal.

—¡Ah! ¡quieres matarme! esclamó con espanto el fraile.—¡Socorro! ¡Socorro!

El esfuerzo que hizo acabó con su energía: desde entonces no habló una palabra mas; pero su mano buscó ansiosa debajo de la almohada, y asió un objeto, D Juan lo vió y se lo quitó. Era un pliego cerrado y en su sobreescrito decia: «Despues de mi muerte á D. Juan Tenorio » Luego miró al fraile y solo encontró un cadáver.

D. Juan guardó el pliego, atravesó la celda y el cláustro y se encontró en la calle y con paso lento se encaminó al monte de Leganitos.

Al dirigirse D. Juan á su casa se encontró detenido por una multitud de gente, hizo reparo y vió una procesion estraña en la que formaba parte un auto de fé y que cerraba la marcha D. Pedro de Avendaño y sus camaradas: entonces el jóven se hizo paso entre la multitud á la voz de «¡paso á la Santa Inquisicion!» y fué á mezclarse con los familiares poniéndose al lado de Avendaño.

Este lo reconoció en seguida y le dió la enhorabuena al verlo tan aliviado de la enfermedad que segun los médicos habia padecido y añadió que tanto doña Elvira como doña Inés al mandar sus doncellas por su mandato habian sido rechazadas, y al mismo tiempo le anunciaba su casamiento con doña Inés que ya habia dejado el luto, pues hacia año y medio de la muerte de su tio.

D. Juan enterado de lo que le convenia y deseando cuanto antes llegó á su casa, despidiose de Avendaño y se encaminó á ella; mas no queriendo entrar de repente meditó el mandar una carta á su mayordomo para lo cual entró en una tienda de comestibles, quedándose estupefacto al reconocer en su dueño á su lacayo Gavilan.

Este se habia casado con Esperanza la doncella de doña Elvira de la que tenia un chico de pocos meses y se habia establecido con la dote que doña Elvira le diera á su doncella.

Gavilan despues de la alegria causada por la vista de su amo le dijo que doña Elvira vivia con ellos; que doña Inés se habia interesado mucho por él mientras su enfermedad: que D. Pedro de Avendaño despues de probada su inocencia habia titulado sobre un castillejo cercano á Guadarrama; que estaba para casarse con doña Inés; y en cuanto á doña Magdalena nada sabia.

Enterado el jóven del estado en que estaban las cosas le dijo á su lacayo que necesitaba tener noticias de Magdalena; saber si doña Inés podia recibirle y ver á doña Elvira aquella misma noche.

Al oscurecer y despues de haber comido se despidió D. Juan de Gavilan y entró en su casa por un postigo sin ser visto de nadie. Su buen mayordomo lo esperaba con lágrimas en los ojos. Enterado de cuantos pormenores habian ocurrido en su ausencia despidió á José, se encerró en su cámara y se puso á ver lo que contenia el pliego que habia arrancado de las manos de fray Tomás. Eran sus memorias.

D. Juan las leyó sin perder una sílaba, pero frio é impasible; cuando concluyó, las cerró con desprecio, y quedó abismado en su pensamiento.

—¡Miserable fraile! esclamó con voz ronca, llama fatalidad á su impureza, desgracia al dominio de sus pasiones... ¡Su hija!... ¿conque Inés es hija suya? ¿y Avendaño hijo de una jitana? ¡Vive Dios, que he tenido buenos encuentros en el mundo! Ya la muerte me ha desembarazado de uno, y creo que he de acabar con los otros.... y ¡Magdalena! ¡ni un recuerdo para ella! ¡ni una indicacion de su paradero!... Pero D. Juan la encontrará... si, la encontrará... en cuanto á Inés, yo te juro Avendaño que no será tu esposa.

Y tomando papel escribió una carta al inquisidor general para que averiguase si en la cárcel del Tribunal habia un empleado llamado Andrés Cevallo, en cuyo caso lo hiciese comparecer antes su presencia; despues escribió una invitacion á D Gonzalo de Ulloa y á su hija para un baile que pensaba dar á la noche siguiente, y otra carta á Gavilan para que anunciara á doña Elvira que antes de las diez estaria á su lado; llamó á su mayordomo y despues de decirle que á la siguiente noche queria dar un baile para solemnizar su restablecimiento, le dió aquellas cartas para que fuesen llevadas á su destino. Despues se hizo vestir y se dirigió á la Palma baja á hacer su visita á doña Elvira.

La dama lo esperaba con impaciencia, al verlo le tendió la mano dándole la bien venida y lo hizo sentar en el mismo estado en que ella se hallaba, preguntándole:—De donde salís, que ha sido de vos D. Juan.

—Señora, de la Inquisicion donde sin saber por qué he estado 18 meses.

—Efectivamente, yo ví vuestra prision la noche del mismo dia en que en el mismo sitio prendieron á una mujer.

Continuaron hablando de cosas indiferentes y concluyó D. Juan por requerirla de amores en donde el jóven apuró todos sus recursos con los que pudo enloquecer á doña Elvira, la cual tuvo un momento en que sus ojos irradiaron una llama sobrenatural se entreabió su boca en un jemido indescribible, abrió los brazos, se dejó caer en los de D. Juan y devoró sobre sus labios un beso abrasador. D. Juan sonrió enorgullecido con su triunfo, pero de repente, la conciencia, el honor, el pudor le levantó del fondo de su alma y le rechazó de una manera brusca.

—Dispensadme, señora, dispensadme, sé cuanto he desgarrado vues-

tro corazon, yo os adoro y os lo juro, sereis mia y tan mia que llegará el momento en que direis con orgullo. «Yo soy la amaute de D. Juan» Y levantándose se despidió dejándola absorta en sus reflexiones.

Al dia siguiente Dª. Elvira recibió un billete en que D. Juan la convidaba al baile que daba en su palacio aquella noche.

La noticia de que D. Juan habia recobrado la salud cundió por todas partes; las damas se sintieron sobrecogidas por el dulce temor y los hombres palidecieron. Habia sido tan galan con las unas, tan hidalgamente feroz con los otros, que su nueva aparicion debia causar una impresion profunda en la Sociedad. Pero lo que causó más impresion fueron los billetes de convite que lacayos de gran librea circularon por palacios pertenecientes á los amigos del jóven.

Acababa D. Juan de vestirse con un rico traje de terciopelo negro sin mas adorno que una rica cadena de brillante con una placa en que estaba esmaltada la cruz de Santiago, cuando llegó á su retrete un hombre vestido de negro; era Andrés Ceballos, que se presentaba por órden del Inquisidor General. Al entrar D. Juan despidió á sus ayudas de cámara, y cuando estuvieron solos le dijo que lo habia mandado buscar para que le dijese el paradero de Magdalena y á más le proporcionase una entrevista á solas con doña Inés.

Quedó un momento pensativo Ceballos reflexionando sin duda lo conveniente que le seria servir á D. Juan y le prometió buscar á Magdalena y proporcionarle por medio de su mujer una entrevista con doña Inés de Ulloa

Ceballos se despidió y D. Juan despues de dar el último toque á su atavío se encaminó al gran salon de recibo. A poco un maestre de sala anunció á D. Gonzalo de Ulloa. Este entró asida de la mano á su hija y del brazo á doña Elvira y saludó ceremoniosamente á D. Juan, sentándose los tres en un estrado. Seguidamente entró D. Pedro de Avendaño acompañado de sus seis inseparables amigos. D. Juan los saludó y despues de haber cruzado con ellos algunas frases generales se adelantó para recibir á los que llegaban sucesivamente y cada vez en mayor número.

A los primeros acordes D. Juan tendió su mano á doña Inés, la jóven vaciló y al fin se levantó de repente, entregó su mano á Tenorio que rodeó su cintura y se lanzó con ella en el baile. A cada vuelta que el rápido compás de la danza agitaba á un tiempo á cien mujeres hermosas, parecia crecer la hermosura de doñ a Inés, su redondo seno se comprimia sobre el pecho del jóven, una de sus manos asía con fuerza otra de Tenorio; sus alientos se confundian, sus semblantes se inflamaban y sus bocas se aproximaban cada vez mas. Llegó un punto en que aquellas bocas se chocaron, é Inés despertó de repente de aquel ensueño de voluptuosidad en que le habia sumergido aquella pasion volcánica, pugnó desasirse de D. Juan, é incapaz de resistir por más tiempo tan fuerte emocion, cayó desmayada en sus brazos

Los celos y la cólera empalidecieron los semblantes de doña Elvira y Avendaño que no habian perdido uno solo de los detalles que hemos mar-

cado. Cesó la música y doña Inés fué vuelta en sí por los mas esquisitos cuidados, y sus primeras miradas se dirigieron á D Juan, y las observaciones mas picantes recayeron sobre Avendaño, encontrándose el jóven bloqueado por miradas y sonrisas burlonas. D. Juan habia, pues, logrado cuanto se propuso al dar su baile. La fama de D Juan creció hasta un punto exagerado, y desde entonces pudo decirse que empezó su vida de aventuras y galanteos.

Pasaron muchos dias, y la vida de nuestro héroe se redujo á efímeros goces de placer y de orgullo. Empezaba, despues de haber aspirado el encanto de la novedad á fastidiarse de aquella nueva vida: nada le satisfacia. Gavilan nada habia adelantado aun en su empresa de exploracion del castillo del Aguila; Ceballos habia partido á Sevilla y sus cartas nada decian acerca de Magdalena, y Maria su mujer nada le decia acerca de doña Inés que le fuera favorable. La puerta de doña Elvira se le habia cerrado y reducido á fáciles conquistas, se aburria de una manera clásica.

Pasaron así cuatro meses, plazo demasiado largo para que el impaciente carácter del jóven no se revelase. Una noche se presentó Gavilan con una carta que D. Juan arrebató de sus manos; en ella no habia mas que estas líneas:

Anton mio: Puedes llevar á tu señor la buena nueva de que esta noche encontrará abierto el postigo del cercado. Adviértele que se prepare de tal modo que pueda atravesar, sin ser sentido, por donde es preciso y peligroso para llegar hasta el aposento de doña Inés.

Entonces Gavilan le dijo que habia tenido que seducir á la mujer de Ceballos para alcanzar el fin que se proponia.

D Juan le dió la enhorabuena y le preguntó qué era lo que habia de su encargo del castillo y señor del Aguila. Gavilan le dijo que aun no habia nada, pero que tenia proyectos que le revelaria á su tiempo, pues lo avanzado de la hora no era para perder un momento. D. Juan cojió su capa y su espada, bajaron al patio, montaron á caballo y marcharon á la quinta. Cuando llegaron, desmontó D Juan, Gavilan calzó los caballos, los ató á un árbol y echó á andar delante de su amo. Cuando llegaron al postigo donde esperaba Maria, ésta le tomó de la mano encargándole mucho silencio, pues aun no habia salido el Marqués.

D Juan se dejó conducir por Maria, atravesaron varias habitaciones y entraron en un aposento iluminado por una bujía.

—Esperad aquí un momento, le dijo la jóven, cerrando la puerta de su aposento, tomando la luz y saliendo despues por otra de escape que dejó abierta.

D. Juan quedó á oscura, pero vió antes perfectamente la puerta que comunicaba con el interior; entró por ella, cerró tras sí sus cerrojos, adelantó, pasó otra puerta, la abrió y miró: Doña Inés estaba sentada sola é inmóvil delante de su tocador, y D. Juan avanzó lentamente.

Doña Inés no gritó, ni hizo lo que en aquella situacion hubiera hecho una mujer vulgar; levantóse y se volvió lentamente á D. Juan á quien le preguntó:

—Como es que os encuentro aquí caballero?

Es verdad que os he llamado, pero quien os espera es mi padre.

—Señora, no saldré de aquí sin confiarle antes el amor que la profeso.

—¿Y es verdad que me amais D. Juan?

—¿Que si os amo? os amo tanto, señora, que arrostraria por vos el envilecimiento en la tierra y la cólera de Dios en el infierno.

La mirada de Inés se encendió en una llama brillante, pero se apagó al momento, no sin haber dicho á D. Juan en aquel relámpago más de lo que le hubiera dicho una mujer frenética y sin pudor.

Conociendo D. Juan que aquel era el momento de empeñar la batalla, presentó un sillon á doña Inés que hasta entonces habia estado de piés, y en el que se sentó conmovida.

—Me permitireis señora que os hable de mi amor.

—Decidme D. Juan, cómo comprendeis el amor.

—El amor señora, no es el fuego que devora, sino la luz que alumbra; no es la necesidad de la materia, sino la friccion del espíritu.

—Segun eso para vos no existe el amor sobre la tierra; eso debí comprender la primera vez que os visteis á solas conmigo.

—¡Oh señora! entonces no tenia esperiencia.

—Sí, pero si aquel dia os hubiera abierto mis brazos os hubiera hecho sentir, cuanto puede delirar, cuanto puede una mujer: hubiérais apurado á torrente la felicidad, pero luego... luego. . vos os hubiera arrancado sonriendo de mis brazos, y me hubiera vuelto la espalda.

—Señora, dijo D. Juan levantándose repentinamente, puesto que no sois vos quien me llama, sino vuestro padre, os ruego hagais que llegue hasta él.

Doña Inés tomó una bugia encendida, abrió la puerta de su dormitorio y precediendo á D. Juan lo llevó á la cámara de su padre, donde entró el jóven.

Inés volvió á su dormitorio conteniendo el llanto, que como siempre, se agolpaba á sus ojos, despues de una lucha con D. Juan. Al abrir la puerta, fatídico, sombrio, altivo, encontró en medio del dormitorio á D. Pedro de Avendaño y un grito de terror se exhaló de sus labios

—Temedlo todo por vos, señora, le dijo roncamente el jóven, temedlo todo por él.

Y trás estas palabras desapareció. Era evidente que D. Pedro habia escuchado todo tras aquella puerta.

En tanto D. Gonzalo ofrecia un sillon á D. Juan y le decia:

—Gracias á Dios que habeis venido, necesitaba de vos para que me libreis de ese mónstruo de Avendaño.

—Os habeis equivocado en gran manera cuando habeis pensado valeros de mí para este asunto. Sé todos vuestros secretos.

Entónces le manifestó el jóven cuanto habia leido en las memorias de fray Tomás, y por ella se sabia los crímenes que habia cometido

Con sangre fria escuchó el Comendador la narracion del jóven, y

cuando hubo terminado se puso en pié y le dijo:

—Pedid á Dios que no eche sobre vuestra cabeza la falta de vuestros padres, porque entonces sufrireis el horroroso martirio de un castigo que creereis injusto; id. D. Juan, id. y que os perdone Dios.

D. Juan salió despues de saludar ceremoniosamente á D. Gonzalo; tomó su caballo y seguido de Gavilan entró en Madrid y se encaminó á la casa de las mas bellas de sus queridas

Doña Inés lo habia escuchado todo tras de la puerta, así que cuando se marchó el jóven se fué á su dormitorio y le escribió con mano trémula y corazon palpitante.

Venid, D. Juan; soy vuestra. La hija que no lleva el nombre de su madre no puede exijiros que sea su esposo. Venid; pero antes de venir matad á Avendaño; os lo suplica vuestra amante, la mujer que os adora y os adorará siempre.—Inés.

Doña Inés esperó con ansiedad la contestacion. Sebastian volvióse con un billete que le decía: «Espera mañana á media noche á tu D. Juan.»

Enterada Maria de la carta fué á llevarla á su señora cuando se abrió la puerta y entraron cuatro hombres enmascarados que no la dieron tiempo ni aun de gritar, le quitaron la carta y apagaron la luz, la vendaron los ojos y la arrastraron fuera. Mientras atravesaron la quinta, doña Inés oyó la voz desesperada de D Gonzalo y un estruendo de voces y espadas, luego nada sino el rodar de un coche que avanzaba rápidamente mientras que un hombre la retenia entre sus brazos.

En el momento que los raptores se alejaban, un jinete que, oculto hasta entonces tras un seto, habia observado desde afuera la confusion y el desórden promovidos dentro, avanzó su caballo, picó y partió á escape, pronto llegó á una esplanada desmontó, ató su caballo á la maleza y tomando una barra de hierro oculta entre el ramaje levantó una piedra y penetró por aquel agujero, entró en una galeria y despues en un bellísimo retrete En el fondo de él habia un divan de seda donde estaba recostada una bellísima mujer. Esta era una hermosa africana llamada Noema que habia sido apresada en las aguas de levante por el capitan de la fragata *La Virgen del Cármen* y comprada por Avendaño. El hombre que acababa de entrar era Joshafat su esclavo que estaba en comunicacion con ella sin que nadie lo supiese.

Cuando Joshafat se llegó á ella estaba insitantemente reclinada con los ojos velados; al ruido los abrió y reconoció á su esclavo. Este le manifestó cuanto habia pasado y que pronto tendria en casa una rival, luego sacó una cajita de terciopelo dentro de la cual habia un medallon con el retrato de D. Juan en marfil y un rizo de negros cabellos.

—Ya he satisfecho tus deseos, la dijo, esta alhaja ha sido robada por su doncella á una duquesa.

Noema no contestó, estaba absorta en el exámen del retrato. De pronto se levantó, tomó de un pequeño cofre una hoja de pergamino y un tintero, y se puso á escribir á D Juan citándolo para la noche siguiente. Despues de escrito lo arroyó, pasó por él una hermosa sortija con una gruesa es-

meralda, la saturó con perfumes y se la entregó á Joshafat para que la llevase á su destino. Este salió por donde habia entrado dejando á Noema ensivismada en el retrato. . . . .

El son de una trompeta le sacó de su pensamiento, guardó el medallon, se arrojó un chal sobre los hombros y murmurando *es él* abrió la puerta y se asomó al mirador que daba al patio de un castillo. Aquel castillo era el del Aguila. Vió entrar á varios homdres capitaneados por Avendaño que conducian una litera cerrada: Otros hombres salieron á recibir á aquellos, hablaron algunas palabras en voz baja, luego oyó pasos en la galería, y luego en fin nada.

Noema volvió á entrar, atravesó una galeria y entró en una sala y se detuvo trás una puerta de cristales por cuyas cortinas se trasparentaban las luces de la habitacion inmediata. Al rededor de una mesa cargada de botellas y copas habia siete hombres celebrando la jornada de aquella noche. Eran Avendaño y sus inseparables compañeros; despues de muchos brindis Noema pudo saber que se trataba de apresar á D. Juan, pero para ello necesitaban dinero, pues no era persona D. Juan que se dejase cojer como no fuese por medio de la sorpresa, y para ello habia que sobornar á cuantos le rodearan, pero aquella gente nada tenian para poner en práctica su empresa. D. Pedro fué el único que les mostró un tesoro que guardaba en su cámara tras un cuadro Noema necesitó contenerse para no dar un grito de placer, y como aquella turba se dispusiese hacer una pequeña ronda en el castillo para ver si todos estaban en sus puestos, Noema se volvió á su habitacion y se metió en su cama; poco despues entró Avendaño, se yegó á la cama y creyéndola dormida se alejó. Un momento despues Noema dormia realmente soñando en su venganza.

En una hosteria de puerta cerrada, Gavilan daba un almuerzo á unos amigos suyos entre los cuales se encontraban un alferez de cuadrillero, el platero de S. M., un escribano del crimen y cuatro alguaciles de la villa. Gavilan habia propuesto dar caza á los indivíduos del castillo del Aguila y para ello habia improvisado aquel almuerzo. Menudeaban las copas y cuando Gavilan creyó que el vino se iba haciendo señor de las cabezas de sus convidados sacó la conversacion de los contínuos robos que se estaban haciendo y del plan que habia pensado para que la villa se viese libre de tanto tuno, todos convinieron en ello y Gavilan lo esplanó del siguiente modo: como el platero habia concluido una custodia de plata para la catedral de Segovia manifestaria públicamente que á la noche del siguiente dia se llevaria encajonada á su destino: que hecha esta operacion públicamente se llenaria otro cajon igual de piedras que sustituiria al de la custodia y apostándose gente suficiente en el camino que á una señal convenida se echasen de improviso sobre los ladrones, no habria duda que serian todos presos.

A todos le pareció muy bien la idea de Gavilan y trataron de ponerlo por obra; concluido el almuerzo se citaron para la hora convenida y Gavilan fué á dar cuenta á Tenorio del plan convenido.

Al llegar cerca de la casa le detuvo Joshafat y le entregó la carta de Noema, Gavilan entró en el retrete de D. Juan y despues de entregarle la

carta le contó cuanto habia convinado en la hostería, añadiendo que aquella noche tendria en su poder á los habitantes del castillo del Aguila.

D. Juan mostró á Gavilan otra carta que habia recibido en la que se le daba aviso de que no fuese á la quinta de D. Gonzalo porque el tigre se ocultaba en su camino y le dijo:

—Te espero á la orecion, pues quiero ver de cerca á ese tigre.

Se marchó Gavilan y á poco entró el mayordomo y le entregó una carta á D. Juan y lo despidió diciéndole que para la tarde estuviesen dispuestos veinte caballos para marchar. Cuando quedó solo abrió la carta que tambien estaba escrita en árabe; era otra declaracion de amor y se le pedia que contestase, para lo cual desde la oracion hasta las doce esperaria una dueña junto la fuente de Leganitos.

Este billete le hizo dividir el tiempo de la siguiente manera. A la oracion, á la quinta de D. Gonzalo; á las ánimas, á Leganitos; á las diez, á la hostería de Toledo.

Poco despues de la oracion salian aun mismo tiempo por la puerta de Fuencarral y la de Bilbao dos comitivas. La una era D. Juan con su gente; la otra un carro cubierto tirado por cuatro mulas y acompañado de dos hombres á caballo.

El carro caminaba lentamente y el escuadron lo adelantó dejándolo atrás: llegaron á un punto en que dos hombres se destacaron y se acercaron á un postigo que empujaron, y uno de ellos entró de pronto, se arrojaron los de dentro sobre el indivíduo y lo amarraron, le taparon la boca y lo arrojaron al suelo y avanzaron al postigo, pero habian acudido tarde; un grupo de hombres habia penetrado por él, sacaron sus linternas y se pudo ver á D. Juan en medio de ellos.

Los intimó con los arcabuces á entregar las armas, desataron al lacayo, llamó al que hacia de jefe y por éste pudo saber que por órden de Avendaño se habia robado á doña Inés y habian vuelto para darle caza á él. D. Juan compró á aquellos bandidos y quedaron convenidos en auxiliarlos en el castillo del Aguila, lo que fuera preciso. Cuando quedaron convenidos le fueron entregadas las armas, y para hacer el papel mejor, volvieron á la quinta á ocupar sus puestos.

D. Juan montó á caballo con los suyos, y al partir oyeron un tiro, luego otro. El jóven volvió el caballo para aquel sitio yéndose hácia él á galope con los suyos.

En tanto D. Gonzalo que todo lo habia observado decia á su criado.— Es él, él que viene á dar órdenes á sus bandidos; él que se ha negado á ser esposo de mi hija, y me la roba para hacerla su manceba.

D. Juan al frente de su gente llegó al sitio del combate; al ver el peligro se embraveció y no fueron balas perdidas sino proyectiles las que pasaron á su lado. El caballo de Gavilan se detuvo de repente, se estremeció y cayó, una bala lo habia herido en el pecho y para evitar otro percance se tendió detrás del animal. Una mujer que lo vió caer se llegó á él; era Aurora la gitana.

Vengo á darte un consejo, le dijo:—Tu amo á tendido un lazo á don

Pedro, él es su enemigo, y quiere deshonrarlo, matarle. Pero si eso sucede, mi venganza, la venganza de la jitana, será terrible, y desapareció.

Gavilan al verse solo avanzó hácia el lugar de la refriega, en el cual se habia agrupado D. Juan, sus lacayos, los cuadrilleros y demás gente, pues ya no habia peligro pues en el suelo habia veinte hombres amarrados, los demás bandidos habian logrado escaparse y en torno del carro habia algunos muertos y heridos.

Gavilan se acercó á su amo y le dijo que mandase montar á la jente y marchase, pues tenia que revelarle lo que le habia dicho la jitana. D. Juan lo hizo así y á buen paso se dirigieron á Madrid. Dos horas despues los muertos fueron depositados en la iglesia de Fuencarral, los heridos en el hospital de Madrid y los ladrones en la cárcel.

Serian las diez de la noche cuando D. Juan saliendo de su casa se dirigió á la fuente de Leganito; allí le esperaba una tapada y despues de algunas palabras que se dirigieron por lo bajo, la tapada tomó su brazo y tomaron la calle abajo sin reparar que otra pareja que estaba detrás del monte se separaron y el hombre sólo siguió á D. Juan y su compañía, que muy pronto se entraron en una casa de la calle de los Mancebos. El perseguidor cuando los vió entrar esperó con impaciencia paseando lentamente la calle.

D. Juan fué conducido de la mano por una oscura escalera, notó que habia atravesado varias habitaciones y que al fin se le dejaba encerrado en otro aposento Al cabo, despues de media hora se oyó crujir la puerta y el de un vestido de seda que adelantó hácia él. Aquella para D. Juan era una aventura vulgar. D. Juan estaba demasiado acostumbrado al frenesí del amor de las mujeres y no consiguiendo arrancar ni una sola palabra á su nueva conquista, salió al fin humillado en su orgullo, avergonzado de su debilidad y jurando no empeñarse en semejantes aventuras.

La misma mano que le condujo hasta allí le llevó hasta la salida, y cerró, quedando dentro. D. Juan se resolvió á aclarar con la luz del dia aquel misterio. Era cerca del amanecer y se apoyó de espaldas en la puerta. Pero no habian pasado cinco minutos cuando sintió pasos presurosos y un bulto se le puso delante. Reconoció á Hernando de Alarcon; este le amenazaba con espada en mano y D. Juan con una serenidad y calma heróicas se hizo fuera y desnudó la suya. No se oia mas que el sonido de las dos espadas. Alarcon dió un hueleo sobre sí mismo y cayó desplomado. El jóven limpió la espada, la envainó, se embozó hasta los ojos y tomó la salida de la calle. Poco despues se abrió la puerta y dos mujeres salieron rebujadas en sus mantos, pasaron temblando por junto el cadáver de Alarcon y se marcharon por el lado opuesto

Durante aquel dia y los dos posteriores no se habló mas que del muerto, al tercero nadie se acordó de ello.

Por mas diligencias que hizo D. Juan para averiguar quien fuese la dama de la calle de los Mancebos, no pudo averiguarlo, pues ni

Esperanza á quien estuvo haciendo el amor por ver si sacaba algo á luz, ni doña Elvira que aunque en aquella visita se arrojó á sus brazos de una manera tan inesperada no pudo creer fuese la misma de la noche anterior. Esta entrevista habia tenido un resultado magnífico, pero que no rompia el misterio de la incógnita de la calle de los Mancebos.

Era de noche; un viento fuerte y silbador zumbaba, mujía y retronaba alternativamente entre las agudas almenas del castillo del Aguila. A la luz del relámpago podian verse descollando sobre las almenas centinelas redoblados como si aquel fuese un puesto de guerra. El castillo parecia estar en espera, guardado por sus hombres de armas y oculto en las tinieblas. Envueltos en ellas y silenciosos como el castillo, al que se dirijian, marchaban trepando la vertiente algunos jinetes, que se detuvieron á cierta distancia contenidos por un ¿quien vá? que arrancó de entre las almenas el son de sus armas y el paso de sus caballos. Mediaron algunas palabras entre los de adentro y los de afuera y poco despues penetraban todos en el castillo.

En una cámara sombría sentado junto á una mesa estaba Avendaño leyendo una carta y junto á él su madre tan harapienta como siempre. Concluida su lectura dijo á su madre que estaba perdido, porque los que fueron á apoderarse de las alhajas de la colegiata de Segovia habian sido tan cobardes, que atormentados por la inquisicion habian cantado de plano; que él trataba de huir pero que no lo hacia hasta que no matase á D. Juan á quien aborrecia de muerte La madre le suplicó con lágrimas en los ojos que desistiera de la venganza y que huyera, pues de seguro seria preso por la inquisicion en donde nadie lo libraria de una muerte segura, y que si insistia ella haria por librarlo. Y sin pronunciar ni una palabra mas se separó de Avendaño y se aventuró en las galerias al mismo tiempo que Pablo el capitan de la escolta que habia llegado al castillo entraba á darle parte á D. Pedro el éxito de su empresa; cuando hubo salido, Avendaño se ciñó la daga. tomó el sombrero, salió de la torre y llegó al aposento de Noema que estaba lánguidamente reclinada en el divan, al verlo se estremeció, dió un grito de placer, rodeó su cuello con sus brazos y le besó suspirando en la boca Avendaño despues de hablarle de sus amores le dijo que, para su venganza tenia en el castillo encerrada una cristiana con quien la iba á poner en contacto, que él estaba amenazado de muerte por D. Juan y le encargaba á ella su venganza en la cristiana que era la querida de Tenorio.

Noema se echó un chal sobre sus hombros y siguió á Avendaño. éste se detuvo en una puerta en que habia un guarda, la abrió con una llave, que entregó á Noema, y cuando ésta hubo entrado, dijo al centinela que la dejara pasar cuando saliera. Despues se alejó, y el guarda quedó paseando á lo largo de la galeria.

Se encontraban doña Inés y Maria en la alcazaba que era la parte mas fuerte del castillo; en los dos dias que contaban en él nadie habia

ido á verla más que una mujer que tres veces al dia le llevaba la comida, ella habia sido arrebatada y llevada allí, cuyo lugar no conocia; cuando Noema entró, Maria dormia y doña Inés velaba.

Noema simpatizó con doña Inés á quien prometió salvarla poniéndola además en comunicacion con los servidores de D. Juan que con el objeto de salvarla se habia puesto de acuerdo con los cuadrilleros del Santo Oficio para la toma y delacion del castillo del Aguila.

Aquella misma noche, en la taberna de Toledo, D. Juan encontró á Joshafat quien lo condujo á la presencia de Noema, D. Juan al ver tan rara hermosura se prendó de ella. Largo rato hablaron, entendiéndose por último, pues se vió lucir un relámpago embriagador en los ojos de Noema, su boca entreabierta se acercó á la del jóven y un besó crujió en el retrete, pero á aquel beso se unió una fuerte detonacion que hizo temblar el castillo. Abrióse la puerta y apareció Joshafat anunciandó que el castillo estaba tomado y que doña Inés y su doncella estaban en salvo. D. Juan le siguió y Noema fué á la cámara de Avendaño y quitando el cuadro que cubria el tesoro huyó con él de su habitacion y esperó.

Cuando D. Juan llegó al sitio del combate encontró á Avendaño acorralado por su gente, mandó que lo dejasen y se puso frente á frente sólo con él con la espada desembainada. D. Pedro sacó la suya y las dos terribles espadas se batian en silencio; poco despues terminó el duelo cayendo desplomado D. Pedro por una buena estocada de D. Juan.

Cuando éste salió de la habitacion entró Noema y juró sobre el cadáver vengarlo terriblemente, á su salida tropezó con el cadáver de Joshafat que ella misma habia sacrificado en pago de sus servicios, y tomando una litera se hizo conducir á la quinta de D. Juan.

A la noche siguiente D, Juan del brazo de una tapada entraba en una casita solitaria, ya dentro D. Juan sacó una linterna que llevaba oculta bajo su capa, irradió la luz y vió avergonzada delante de sí á Esperanza. Esta tomó en seguida su manto y despues de prometerle que se vengaria de aquella accion, escapó. En la calle se encontró con la jitana y convino con ella el modo de vengarse de D. Juan, para lo cual le exijió Aurora que la llevase á casa de doña Elvira.

Tan pronto como estuvo en su presencia la dijo la jitana que D. Pedro de Avendaño era su hijo y que acababa de ser asesinado por su hermano D. Juan. En aquel momento apareció el jóven y al verlo la jitana huyó aterrada, oyéndose á poco un golpe y un jemido de muerte trás la puerta por donde Aurora habia desaparecido. D. Juan se contuvo, fijó una mirada en doña Elvira que habia caido desmayada, la dió un beso y aterrado y sombrío salió de aquella casa.

PARTE TERCERA.

La Estátua del Comendador.

En una bella quinta situada sobre la márgen izquierda del Guadalquivir vivia por los años de 1523 un caballero á quien nadie conocia ni era fácil conocer puesto que jamás salia de su casa. El Santo Oficio tuvo empeño de saber quien era y una mañana se abrió aquella puerta cerrada para todos, dando paso á un familiar de tan terrible institucion. Fué recibido por el dueño de la casa que al saber cual era su comision le dijo que se llamaba D. Juan Tenorio, que era tambien familiar, que no se ocultaba, que en su casa no habia nada que se opusiese á las buenas costumbres y que si se murmuraba de su aislamiento, desde el dia siguiente se dejaria ver por todo el mundo.

El familiar se retiró complacido y D. Juan dispuso salir aquella tarde para dejarse ver del curioso vecindario

En tanto un hombre embozado hasta los ojos habló con otro largamente en el puente de Triana, concluyendo por darse una cita. Uno de los embozados tomó para el arrabal y el otro se quedó en el mismo sitio

A poco vió pasar una lucida cabalgata; ésta se componia de doña Inés, D. Juan y Noema en traje de paje. La comitiva despues de haber dado varias vueltas por la ciudad volvió á la quinta D. Juan en el camino habia solicitado y obtenido de doña Inés una cita para aquella noche, en el jardin. Serian las ánimas cuando en un pabellon que habia en el centro del jardin se vió separar el ramaje y asomar una cabeza que miró y esperó un tanto Poco despues entró D. Juan con doña Inés; allí hablaron largo rato de sus amores, de su porvenir que veian de color de rosa, haciéndose mil castillos en el aire, de pronto una palidez mortal cubrió el rostro de doña Inés, sus ojos se dilataron y empezaron á extraviarse, y con voz casi imperceptible dijo: me han envenenado, y cayó desplomada al suelo Al contemplarla D. Juan no habia nada de humano en su semblante en que estaba marcada la rabia, la soberbia y la venganza; de repente esclamó fuera de sí: No hay Dios.

—Dios castiga impasible y justiciero, dijo una voz á la puerta del pabellon.

Era el Comendador el mismo embozado que se vió en el puente de Triana D. Juan lo asió de un brazo, lo arrastró y lo arrojó sobre el cadáver de Inés. D. Gonzalo despues de contemplar el semblante de la jóven, sacó un pistolete y descargó sobre D. Juan. Este desembainó la daga y arrojándose sobre él como una fiera y se la hundió en el corazon se oyó un

grito terrible y el Comendador cayó junto el cadáver de su hija despues de aplazar á D. Juan ante el tribunal de Dios.

El jóven contestó con una carcajada insensata y salió del pabellon. A la carcajada de D. Juan contestó otra trás él: era Noema que apareció en la puerta y contempló con alegria aquella lúgubre escena.

Seis años despues de la noche fatal que acabamos de describir se hallaba D. Juan viviendo en Venecia en compañía de un hermoso paje que era Noema á quien presentaba en todas partes con el nombre de Gaston. D. Juan desde la doble muerte del Comendador y de Inés habia emprendido una vida aventurera recorriendo varios paises, dejando trás sí un terrible rastro de lodo y sangre. Cansado de viajar se estableció en Venecia y retirado del bullicio consagraba el dia á Noema, y las noches al juego y amoríos.

En la festividad de San Marcos y en casa de los Corsini conoció á una jóven bellísima que pocos dias antes habia llegado á Venecia en compañía de un Corsario, y D. Juan perdidamente enamorado de ella la sacó á bailar y durante la danza consiguió que la jóven aceptase una cita en su palacio para aquella misma noche en la cual ella no dejó de asistir exigiéndole otro sitio que no fuese aquél, pues tenia que hacerle grandes revelaciones. D. Juan la tomó de la mano, salieron de la casa y entrando en el embarcadero saltaron á una barca y se dirigieron mar adentro. Entónces la jóven le dijo que el capitan de su buque y Noema lo vendian y que ella estaba encargada de envenenarlo; le dijo que se llamaba Teresa, que era de Málaga donde habia sido cautiva y llevada á Argel y hecha esclava del Kair que enamorada de ella sin conseguir nada le daba todos los gustos que queria, por lo que estaba viajando.

Conocida por D. Juan la situacion de Teresa juzgó por conveniente virar hácia el buque para castigar tanta pérfidia. Llegado á él mandó prender al capitan y colgarlo en uno de los palos del buque y á Noema que la encerrarán en la centina. Al amanecer se dió á la vela en compañía de Teresa, tomando el derrotero de Argel donde despues de destrozar cuantas galeras se pusieron á su alcance fué hecho prisionero con Teresa, Noema y la tripulacion que habia quedado y conducidos ante Barba Roja. Este mandó que curasen á D. Juan, y Teresa le pidió al Dey ser la enfermera.

Pasaron muchos dias sin que D. Juan diese cuenta de su persona, pero llegó uno en que ya restablecido fué á la presencia del Dey quien no sólo le dió su libertad sinó que le dió una de sus galeras para que marchase. El jóven le pidió al Dey á Noema y Teresa y éste le dijo que Noema como esclava fugitiva dormia en el fondo del mar, y Teresa no le era posible entregársela por ser el ángel de sus amores. Entónces el jóven le dijo que queria despedirse de ella antes de partir y enseguida D. Juan tuvo delante de sí á la hermosa Teresa pálida y conmovida.

La jóven le pidió que partiese sólo porque ella no le amaba y le causaria su desgracia, y volviéndose á un esclavo le entregó un cofrecito é hizo señas á D. Juan para que siguiese al esclavo. D. Juan partió altivo, inmenso, impasible; habia adquirido la inflexible inmovilidad de su semblante y

era un cadáver viviente.

Teresa anegada en llanto corrió al ajimez y vió embarcarse á D. Juan, partir y perderle de vista. Poco despues sacó un pomo y se bebió su contenido; pronto se le nublaron los ojos y cayó como desplomada en el suelo. Cuando el Dey entró en la estancia la encontró cadáver.

Corria el año de 1530 cuando D. Juan habia vuelto á Sevilla en donde encontró el resto de su servidumbre El buen José su mayordomo se habia hecho viejo, Andrés Ceballo se aburria al lado de su mujer, y Gavilan y su mujer estaban establecidos en Triana con una hosteria.

D. Juan hacia una vida vulgar; por costumbre ó por despecho seguia su vida de galanteos y estocadas; sin embargo, todas las mañanas iba al convento de Santa Clara á orar por doña Inés y doña Elvira que en la iglesia ó en el cláustro estaban enterradas. Tornaba á su lecho y al levantarse nadie podia adivinar en él al altivo caballero, al penitente de Santa Clara Una mañana habia gran funcion y una mano invisible arrancaba al órgano magníficas notas; al oirlo D. Juan presintió que existía una razon directa entre él y la persona cuya mano hacía gemir el órgano; tuvo interés en esclarecer aquella duda y por el sacristan supo que era una pensionista llamada doña Sol, que hacia algunos años que estaba en el convento. Entónces el jóven sacando una cartera escribió en una de sus hojas que arrancó y doblada perfectamente se la entregó al sacristan acompañada de algunos doblones, con encargo que se la entregase á doña Sol, que él volveria á la mañana siguiente por la contestacion.

Cuando D. Juan llegó al otro dia recibió de mano del sacristan la contestacion de doña Sol, y al leerla conoció que era de su antigua amante Magdalena En ella despues de muchas frases amorosas lo citaba para aquella noche huir con él del convento, y para saber de cierto si venia le exigia á D. Juan que á las tres de la tarde subiese á la Giralda y que desde allí agitase por tres veces un pañuelo, que ella lo veria desde el campanario del convento.

Salió D. Juan de la iglesia y se dirigió á casa de Gavilan á quien le encomendó buscase para aquella noche algunos soldados de la fé para un asunto importante: despues almorzó, hizo algunas diligencias y á las tres subió á la torre y dió la señal convenida, que fué contestada.

Aquella misma noche D Juan á la cabeza de los soldados de la fé entraban en el convento de Santa Clara. La superiora que ya estaba enterada de cuanto habia ocurrido, despues de encerrar á Magdalena en su celda, salió al encuentro de D. Juan que al verla se descubrió cortesmente y le pidió en nombre del Santo Oficio á la pensionista doña Sol.

La abadesa hizo señas á D. Juan para que le siguiese, y cuando estuvo solo le dijo: D. Juan yo no soy lo que parezco, he amado mucho á un hombre y la fatalidad se ha encargado de ofender por mi medio á otro hombre noble y valiente. Ese hombre ha muerto dentro de un hábito desesperado como moriré yo dentro de poco; se llamaba D. Pedro de Córdoba y de Valor, y yo doña Ana Zegri su esposa; un dia al volver de la guerra encontró su castillo incendiado, su hermana loca y su esposa enlutada, el causante

de todo, era vuestro padre, el esposo de vuestra amante doña Elvira, el padre de vuestro hesmano D. Pedro y Magdalena hija mia y herman vuestra.

—Pues bien, dijo el jóven lleno de rabia: Magdalena debe ignorar todo esto y maldita seais si se lo decís, porque esa mujer que creia tan pura ha sido mi manceba y la de mi hermano, porque la maldicion se ha cumplido y un fratricidio y un doble insecto pesa sobre nuestras cabezas.

Doña Ana dió un grito agudísimo y cayó inerte como herida por un rayo.

D. Juan fuera de sí atravesó el claustro, pero un choque violento le detuvo, miró y á su derecha vió la estátua de doña Inés, y á su izquierda la de D. Gonzalo, y á sus piés la de doña Elvira. Dios le arrojaba destrozado y loco en medio de las víctimas. De repente se volvió á Inés y le hizo larga plegaria terminándola con una horrible blasfemia que retumbó como una maldicion bajo las bóvedas del cláustro y el eco la repitió antes de que aquel muríese. D. Juan creyó escuchar una risa sarcástica y se volvió como un leon á la estátua del Comendador y recordando su emplazamiento ardió la cólera en su alma y con palabras descompuestas y entrecortadas lo convidó á cenar en casa de su lacayo Gavilan, para las doce de aquella misma noche. Loco furioso salió á la calle y seguido de los soldados de la fé atravesó la ciudad y el puente de barca y dejando su caballo en poder de los solades entró en la hosteria, mandó á Gavilan que en su cuarto pusiese la cena con dos cubiertos, y tan pronto como lo vió todo dispuesto se echó en la cama y esperó.

A las doce en punto se oyeron tres golpes en la puerta de la hosteria: poco despues se repitieron mas cerca, y por último en la puerta de la habitacion.

—Adelante, dijo D. Juan, y un momento despues la estátua del Comendador entró en la sala.

Héme aquí D. Juan, dijo con voz cabernosa, me has emplazado y vengo.

—Sentaos Comendador, sentaos; cuando os convidé, os confieso que no creia en la posibilidad de que vinieseis, pero ya veo que existe otro mundo que yo no habia conocido y en el que cuento que me introducireis.

—Vengo por vos, vuestro convite mortal no conviene á mi esencia actual; pero si sois valiente y aceptais la proposicion con que yo pago vuestro convite, venid conmigo D. Juan y asistireis al festin de los muertos, si el miedo no os lo impide.

—Miedo yo! esclamó D. Juan, marchad por donde querais y si me veis retroceder ó temblar, entónces podreis decir que el miedo se ha apoderado de mí.

Dicho esto, tomó la espada y la daga, se envolvió en su capa y siguió al Comendador que se habia puesto en marcha.

El tránsito de de la hosteria al Guadalquivir fué momentáneo. A la orilla del rio habia una gran lancha á la que el Comendador saltó; D. Juan saltó tambien; la lancha se puso en movimiento por los doce remeros que habia en sus costados; varias barcas que esperaban mas arriba siguieron á la

del Comendador; no era ya el Guadalquivir el que surcaban, sino un mar sin olas, sin riberas, sin límites

Siguió la barca aún y siguieron las otras sin ver su término: al fin allá en el horizonte apareció una claridad rojiza entre la cual se elevaba un negro edificio. Una gran puerta de bronce se abrió silenciosamente á las barcas que precedian á la de D. Juan; cuando todos estuvieron dentro se cerró. Atravesaron unas bóvedas, desembarcaron al pié de una escalera, subieron y entraron en un salon en cuyo centro se alzaba una mesa cubierta de manteles rojos sobre ellos, de trecho en trecho, candelabros con velas amarillas encendidas; alrededor de aquella mesa habia quince sillones vacíos, dos de los cuales estaban á la cabecera. El Comendador se sentó é invitó á D. Juan á que se sentase á su derecha En aquel momento los trece sillones restantes se ocuparon por otras tantas fantasmas.

—Ha sonado la hora, dijo el Comendador levantándose; el asesino se encuentra al fin entre sus víctimas porque *no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague*. Levantaos, hermanos de sangre, levantaos, porque aquí está D. Juan Tenorio.

Calleron los sudarios y D. Juan reconoció en aquellas fantasmas á don Gaspar de Somosa, de cuya frente surgia un caudal de sangre; mas allá fray Tomás de la Santísima Trinidad parecia decirle: ¿Que has hecho de mi hija Inés? Mas allá estaban los seis amigos de Avendaño con las señales del fuego de la Inquisicion; le seguia Noema, amoratada lívida, como si hubiese sido acabada de sacar del mar; vió á su contramaestre con la cabeza partida de un hachazo, y junto á Sir Jamei con el cuello cercenado por el alfanje berbénico; mas allá vió á Hernando de Alarcon, celoso y amenazador, á D. Pedro de Avendaño, sombrío y aterrador, Aurora la jitana pidiendo venganza; junto vió á doña Elvira que tenia en sus brazos á la hija de Gavilan; en un ángulo de la sala se veian varios lacayos, eran los que murieron cerca de Fuencarral la noche en que Tenorio arrojó un cebo á los bandidos de Avendaño; al rededor de la mesa estaban los remeros que á bordo de la Magdalena murieron en el combate contra las galeotas de Argel, sus enemigos muertos en duelo, sus queridas esterminadas por los celos de sus maridos, ó muertas por su abandono. Solo faltaban allí Teresa y doña Inés. Todas pedian venganza y pedian la vida de D Juan, pero ninguno se atrevia á herirle. Entónces se adelantó el Comendador y dijo:

—Señores, yo he sido villanamente asesinado por él, sin defensa, viejo y débil, ya que no hemos medido nuestras espadas en el mundo, las mediremos en el Infierno; y luego, ?no me has retado D. Juan? ¿Estás dispuesto á cumplir tu plazo?

—Dispuesto estoy Comendador.

—D Juan, segun tus palabras, eres mio, ha llegado tu plazo; sígueme, ven, y asiéndole de una mano lo arrastró con una fuerza incontrastable; atravesó con él multitud de salones: llegaron á un pórtico y se encontraron en una inmensa plaza, cuyas tinieblas estaban iluminadas por hogueras suspendidas en los aires por un medio invisible. Estaban en la ciudad de los muertos: iban á parodiar un duelo en que lo espantoso no dejaba sentir lo

ridículo.

D. Juan desnudó su espada y se puso frente á D. Gonzalo que ya lo aguardaba; á la primera estocada que le dió D. Juan al Comendador lo hizo desvanecer y solo quedó un esqueleto. Una carcajada general se elevó por todas partes. D. Juan estaba burlado; las almas del otro mundo se reian de él, y su vanidad habia sido vencida por el ridículo.

Salió de aquella mansion y andubo sólo muchas horas hasta que descubrió un bello horizonte, ningun ser habia encontrado en su camino: pero de repente entre una fronda aparecen dos mujéres vestidas de blanco coronadas de siemprevivas. D. Juan las reconoció con placer. Eran Inés y Teresa. Cada una enlazó su brazo con el del jóven y lo llevaron á la cima del monte; á la derecha se veia el mundo tal cual es, y á la izquierda solo se veia un pobre edificio en donde habia algunos hombres con túnica de buriel, pálidos, demacrados: muchos de ellos oraban, otros leian, otros en fin cababan en las peñas una sepultura; todos estos hombres habian abandonado el mundo y vivian en la oracion.

D. Juan se decidió por el retiro del mundo y una sonrisa inefable iluminó los semblantes de aquellas dos vírgenes; se inclinaron sobre D. Juan y le besaron en la frente; despues asidas de las manos se elevaron en el espacio.

D. Juan cayó en un letargo profundo, se agitó en un esfuerzo supremo, y logró lanzarle de sí: abrió los ojos y se encontró en un lecho vestido aun y sin armas. La luz del alba penetraba por las ventanas y Gavilan á su lado lo miraba con espanto. D. Juan habia tenido un letargo que le habia durado tres horas

Por Gavilan supo que nadie habia entrado en la casa desde su entrada: luégo todo aquello habia sido un sueño. D. Juan se encerró en aquella estancia y meditó su pasado y vió su porvenir negro Dos horas despues llamó á Gavilan y le dijo que avisase á un escribano.

En tanto se presentó el sacristan de Sta Clara y le dió una carta, la abrió y leyó: «Mi madre ha muerto, D. Juan; sin tí estoy sola en el mundo. La han encontrado esta mañana en el cementerio ¡Muerta¡ ¡sabes lo que quiere decir esa palabra cuando se refiere á una madre que se ama! Tengo horribles presentimientos; me parece que tú tambien me vas á abandonar.... pero eso es imposible .. ¿No es verdad?... ven esposo mio, ven, sino quieres que muera tu Magdalena

D. Juan tomó papel y pluma y escribió: «Pronuncia tus votos, Magdalena, porque no nos volveremos á ver mas. Así lo quiere Dios.—Don Juan.»

Dobló la carta, se la dió al sacristan y lo despidió. A poco se presentó el escribano é hizo su última disposicion; luego mandó llamar á José y que le trajese un caballo y un bolso con doscientos doblones; cuando este llegó, tomó el bolso, montó á caballo y mandó que nadie lo siguiese.

Al despedirse de José le dijo que lo dejaba su albacea testamenta-

rio; que sus bienes los legaba al hospital de la caridad de Sevilla; que de ello dejaba mandas para él, Gavilan y los criados; que tambien dejaba una manda para misas por el alma de las personas cuyos nombres dejaba apuntados; que todas aquellas mandas se realizasen con el producto de sus muebles, caballos y alhajas y que de todo lo que le pertenecia solo se reservara sus armas y su caballo de combate.

José se arrojó sollozando á sus brazos como padre que se despide de su hijo sin saber si lo volverá á ver; despues D. Juan abrazó á su lacayo y montando á caballo partió al galope

---

EPÍLOGO.

Un mes despues, en una de las celdas del Monasterio de Yuste se veia un monje hermosísimo, pálido sombrío, con la mirada profundamente fija, con una calma glacial retratada en su semblante. La sombra de la capucha del hábito penitente no habia podido robar la altivez á sus ojos, ni su soberbia, actitud á su cabeza; aquel hombre era el hermano *Juan de la Penitencia* en el cláustro, en el mundo se habia llamado D. Juan Tenorio.

FIN.

